



Enrique Lihn, poeta de Santiago, y Carlos León, escritor y vecino de Playa Ancha

Un largo adiós para dos hombres con el don del fuego y la palabra

Desde Valparaíso y desde la cama llamaba por teléfono Carlos León, a veces desde su casa, a veces del hospital; Enrique Lihn caminaba o viajaba en micro hasta el sexto piso de la redacción, subía y pedía conversar.



«¿Cómo está don Carlos?». «Estoy jodido», decía Carlos León.

De tarde en tarde el receptionista de la central telefónica discabía el anexo de Cultura y anotaba un llamado desde Valparaíso. Era una voz apenada.

—Estoy jodido —decía Carlos León.

A veces llamaba desde su casa; a veces, del hospital. Su columna de todos los jueves en La Epoca se había interrumpido; por allí se perdían una crónica, una segunda, unos páginas no llegaron en el momento en que debían, y el escritor estaba cada día más enfermo.

No era mucho el dinero, pero él, que vivía modestamente en el cerro Playa Ancha, lo necesitaba.

Un día se acleararon las cuestiones, se reconocieron las culpas y se acordó pagarle a Santiago con el artículo extraído y Carlos León quedó de encinar otra serie de sus Memorias de un soscámen.

Eras hojas esfumadas al máquina, con borrones de lápiz de pasta y con su invariable firma sobre el nombre puesto al final, a veces cayéndose del papel.

—¿Y dónde está, don Carlos?

—Estoy jodido —respondía con esa voz casi inaudible el hombre de Playa Ancha.

—Por Dios?

Enrique Lihn llamaba poco por teléfono. Prefería venir, subir hasta el sexto piso y pedir conversar. El escritor tuvo una relación muy cercana cuando publicaba todos los domingos una columna en la última página.

Un día el presupuesto dio un respongo. La columna se acabó y el poeta agnóstico tuvo una sola exclamación cuando

recibió la noticia:

—Por Dios!

Igual venía a La Epoca Enrique Lihn. Una vez trajo un cuadernillo de pocas hojas con poemas y dibujos que realizó con su mano y talento. El litigio fue La aparición de la Virgen y pidió modestamente —igual que la voz inaudible de Carlos León— una cosa simple, que se hizo: anunciar el literazmente.

El domingo 10 de julio de 1988, una tarde sombría cedió rápidamente a la oscuridad.

Había poca gente en el diario y sonó el teléfono. Podría



Un domingo se oscureció rápido: murió Enrique Lihn.

Castillo, redactor de Internacional, respondió. Era una noticia de las que nadie quiere escuchar: Enrique Lihn había muerto.

Un alumno en práctica partió rápido a la calle Passy, el domicilio del poeta, para cerrarse de esa información telefónica.

Se sabía que estaba enfermo; el cáncer era irreversible.

El estudiante volvió al poco rato; el clérigo apretaba, se escribía un artículo a toda marcha y, como la noticia es fría y dura, buscó una letra para preguntar, aunque el lenguaje fuera la muerte del poeta.

—¿Y?

—Hubo unos autos y estaba oscuro —dijo el alumno—. Llegó bien poca gente.

—¿Y?

—No pregunté. Es que estaban todas tristes.

—¿Se murió o no?

—No sé. Parece.

No parecía y efectivamente estaban tristes: Enrique Lihn había muerto.

Una esquina mortuoria

Unos meses más tarde, cuando Lihn yacía bajo tierra en el Parque del Recuerdo —inclusive habían pasado ya unas semanas desde que Francisco Brignoli y sus alumnos tomaran la iniciativa de grabar por calles, veredas y muros de la avenida Bellavista, el rostro del poeta—, el aviso de una defunción apareció en la página 14 del diario.

Ocurrió el miércoles 21 de septiembre. La familia León Pérez lamentaba la partida de un esposo, padre y dueño, señor Carlos Héctor León Alvarado.

Recién entonces, ese día y por la tarde, gracias a una brevísima esquina moratoria publicada en el propio diario se conoció la otra noticia: el escritor Carlos León había muerto el lunes 19 de septiembre y el aviso anunciable su entierro cerca de donde vivió.

El hombre de Playa Ancha se había salido con la suya: partir sin que nadie se diera cuenta.

Una muerte inaudible.

Un largo adiós para dos hombres con el don del fuego y la palabra [artículo].

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un largo adiós para dos hombres con el don del fuego y la palabra [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)